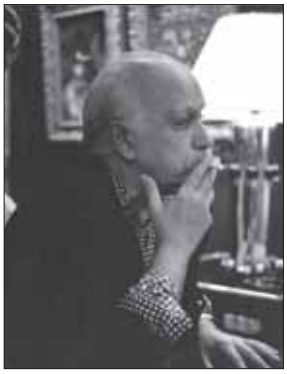

Francisco Nieva (Valdepeñas, Ciudad Real, 1927). Dramaturgo, director, escenógrafo y figurinista. Entre sus títulos más destacados se encuentran: *Pelo de tormenta*, *Nosferatu*, *La carroza de plomo candente*, *El combate de Ópalos y Tasia*, *Coronada y el toro*, *Los españoles bajo tierra* y *La señora Tártara*.

Su producción teatral le ha valido el Premio Nacional de Teatro en dos ocasiones (1980 y 1992) y se halla hoy reunida en los dos volúmenes de su *Teatro completo* (Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1991). En 1986 fue elegido miembro de la Real Academia Española. Ha tenido además una relevante actividad como ensayista y articulista, y cuenta igualmente con una importante obra narrativa. El conjunto de su obra literaria obtuvo en 1992 el premio Príncipe de Asturias de las Letras. Su autobiografía, *Las cosas como fueron*, fue publicada en 2002 por Espasa-Calpe.

ES BUENO NO TENER CABEZA

(Función para luces y sombras)

Personajes
RÓMULO
ANTEO
TOMASUCCIO

(*La Edad Media. En un laboratorio, dos viejísimos alquimistas buscan incansablemente la piedra filosofal. Se llaman RÓMULO y ANTEO.*)

RÓMULO.– Estoy harto de tantos potingues. Ganas me dan de emprenderla a golpes con todos estos malditos cacharros. Anteo, amigo mío, decidme si no llevo razón...
ANTEO.– ¡Iros al cuerno, maestro Rómulo! Me habéis llamado vuestro amigo. De amigo no tenemos nada. Nos ha reunido desde hace tiempo –que ya es inmemorial– el deseo y la ambición de encontrar la piedra filosofal.
RÓMULO.– ¡Pues estáis listo! No vais a encontrar nada, nada. Seguimos un falso camino. Estamos perdiendo el tiempo miserablemente, os lo aseguro. Tengo el presentimiento de que de este laboratorio no va a salir más que polvo, inmundicias y vuestros propios

cabellos, que en el transcurso del tiempo han ido quedando depositados por ahí. ¿De modo que desdeñáis mi amistad? ¿Os habéis mirado al espejo alguna vez? ¿Habéis visto jamás qué espantoso vejestorio estoy condenado a ver constantemente a mi lado?
ANTEO.– ¿Un espejo? ¿Y dónde hay un espejo? Nunca he visto ese objeto por aquí.
RÓMULO.– ¿Cómo? ¿Que no lo habéis visto? ¿Pues qué son esos trozos de plata bruñida que andan sueltos por el laboratorio? Se hace un espejo de lo que se quiere, cuando se quiere un espejo.
ANTEO.– ¡Con mil pares de diablos! ¿Qué clase de sabio sois que os ocupáis de espejos como si fueseis una doncella?
RÓMULO.– Soy una doncella.
ANTEO.– A vuestra edad lo mismo se pierde la cabeza que el sexo. Ahora veo que habéis estado elaborando silenciosamente una locura que yo ignoraba. Si es cierto que encontráis un espejo donde queráis –cuando queréis un espejo–, habréis tenido tiempo de comprobar que a lo menos que os parecéis es a una doncella.
RÓMULO.– Soy una doncella hermosísima. Vos, maestro Anteo, no habéis visto mis senos inflados y blanquísimos, en donde los pezones aparecen con una anchísima aureola rosada. Ni mi cintura quebrada por medio, ni mi vientre plano, ni mis piernas terminadas en punta. ¿Y mi espalda? ¿Habéis visto jamás mi espalda ni lo que sigue, si echáis una mirada hacia abajo?
ANTEO.– Estáis loco, loco de remate. Y decid, ¿qué es lo que hay hacia abajo?
RÓMULO.– ¡Ah, veo que os interesa! Pues hay unas nalgas que harían rechinar los dientes a la misma Venus Calipigia. ¡Señor, qué nalgas! Son el regalo de un sultán en la más hermosa decadencia de su reino. Os las dejaré palpar si convenís en que soy una doncella.
ANTEO.– ¡Ah, qué abominación! ¿Qué os hace pensar que yo pudiera palparos las nalgas, diablo peludo?
RÓMULO.– Veo que debo convenceros de forma más definitiva. Me quitaré los vestidos.
ANTEO.– ¡Socorro! ¡Que vengan a ligar a este loco!
RÓMULO.– ¡Chitón! Cerrad esa boca de bocina y regalaros con el panorama. Mirad, mirad con atención.
ANTEO.– ¡Cielos, qué prodigio! ¿Es posible que tengáis senos como una mujer *y* que vuestras carnes sean tan blancas y tan tersas? Todo esto es una burla infernal.
RÓMULO.– Callad, que aún no estoy desnuda del todo. Todavía me queda destapar el vértice de todos los deseos, ¿Qué os dice esta llamarada rubia sobre un vientre de seda y este asiento tan hermoso como funcional?
ANTEO.– ¡Capón! Sois un capón completo. ¿Dónde os habéis dejado la verga? ¡Ah, qué vergüenza! ¡Maldito!, o mejor dicho, ¡maldita!... Me habéis engañado. Erais una mujer. No, una vieja... No, una doncella... ¡Y con esa cara!... Oh, Señor, estoy delirando.
RÓMULO.– ¿Veis como soy una doncella, si exceptuamos mi cabeza? Fijaos bien en este

cuerpo casi núbil. Si yo me paseo huyendo del frío de las baldosas, mi cuerpo pendulea como un racimo de tentaciones.
ANTEO.– ¡Oh, qué infame contoneo! ¡Horrible visión! ¡Una doncella con la cabeza de un anciano!
RÓMULO.– Os reservo una sorpresa, maestro Anteo. Si mi cabeza os molesta puedo muy bien retirarla. Para estas cosas yo nunca he tenido cabeza propia.
ANTEO.– ¡Horror! ¿Cómo es posible que ahora sostengáis en las manos esa cabeza separada del cuerpo?
RÓMULO.– ¡Bah! Esto no es nada. Aquí en este cofre tengo depositada la cabeza que corresponde a estos senos, a estas caderas, a estas piernas que no podéis por menos de admirar. Aquí está. ¿La veis? Lleva los ojos cerrados y duerme durante el día, mientras no la sitúo en el lugar que le corresponde.
ANTEO.– ¡Sois Satanás! Sois el diablo tentador.
RÓMULO.– Un momento. Dejad que le desenrede los cabellos. Ya está. ¡Oppla!
ANTEO.– ¡Ah, qué criatura tan bella!
RÓMULO.– ¿No os lo decía yo?
ANTEO.– ¡Oh, por favor! No dejéis rodar esa otra cabeza. Retiradla de ahí. Guardadla en el cofre si no queréis que me muera de la impresión.
RÓMULO.– Está bien. No gritéis así. ¡Al cofre! Bueno, ahora podréis convenceros de quién soy.
ANTEO.– Sí, sí, lo estoy viendo y no me lo creo. ¿Cómo os llamáis?
RÓMULO.– Me hace gracia esa pregunta. Me llamo Rómulo. ¿O no lo habéis aprendido en los muchos años que llevamos juntos?
ANTEO.– Rómulo, Rómulo... ¿cómo queréis que os llame Rómulo si sois una doncella?
RÓMULO.– Soy una doncella llamada Rómulo. Un nombre no es tan fácil de quitar como una cabeza. Con el nombre se va a la tumba. Sí, amigo mío –ahora sin duda permitiréis con mayor complacencia que os dé ese título–, me sigo llamando Rómulo, del mismo modo que hace infinitos años que buscamos juntos la piedra filosofal, en lugar de dedicarnos a la buena cocina. Eso hubiera halagado nuestro estómago, despertando nuestros sentidos, fortificándonos para el amor.
ANTEO.– ¡Y quién iba a saber! Pero los años no pasan en balde. Que un rayo me parta si siento palpitar nada de lo que me cuelga.
RÓMULO.– Ya os decía yo que habíamos perdido el tiempo miserablemente. Os lo he querido demostrar.
(*Llaman a la puerta*.)
ANTEO.– ¡Cielos! Están llamando a la puerta. Cubrid esas desnudeces y tapaos la cara con lo que podáis. ¡Esto va a ser mi deshonra! La puerta estaba abierta. No cuidé de echar el pestillo porque esperábamos a Tomasuccio que debía volver de sus recados. Cubríos, os lo suplico. Quien ha llamado es posible que se atreva a entrar con toda confianza.

ROMULO.– Sea. Me cubriré y ocultaré lo mejor que pueda. Ya no queda tiempo para más.
(*Entra TOMASUCCIO.*)
TOMASUCCIO.– Maestro Rómulo, maestro Anteo, aquí están las dos onzas de ámbar que he comprado en la aduana.
ANTEO.– Bravísimo, Tomasuccio. Anda, hijo, déjalas sobre ese pupitre y vete. Te doy permiso. Por ahí va el río pidiendo bañistas, con unas márgenes llenas de cantos redondos que no hay más que pedir para descalabrarse entre amigos. Nosotros tenemos que trabajar en soledad antes de que el sol se oculte.
RÓMULO.– (*Cubierto.*) No, Tomasuccio; espera un momento. Asegura bien la puerta y vuelve con nosotros. Tengo que confiarte un asunto de importancia, con el permiso del maestro Anteo.
ANTEO.– ¡Maldición! No hay permiso. Fuera de aquí. No tenemos tiempo de conversación.
RÓMULO.– ¿Cómo os atrevéis?... No, no, exijo que se quede.
TOMASUCCIO.– Está bien. ¿Qué hago?
ANTEO.– ¡Ah. Señor, Señor! ¿Qué clase de desdichas queréis derramar sobre mí?
TOMASUCCIO.– ¿Qué os ocurre, maestro Anteo? ¿Estáis enfermo?
RÓMULO.– Sí, algo enfermo está. Son los vapores mefíticos de todas estas porquerías en combustión que le tienen trastornado el organismo. Anda, ve a cerrar la puerta y vuelve a mi lado.
TOMASUCCIO.– Como mandéis. Ahora mismo vuelvo.
(*Sale*.)
ANTEO.– ¡Indecente! ¡Descarada! ¿Qué te propones hacer con el muchacho, vergonzosa ramera?
RÓMULO.– ¡Ja, ja! Yo fui caporala en las tentaciones de San Antonio. Aquel santo varón me hizo feliz por una temporada, sumando sus ojos a los infinitos ojos de la naturaleza. Nadie puede imaginar cuáles son las tentaciones de una tentación. Qué placer es ser inteligente y bella y sentirse aborrecida por la impotencia de un viejo.
(*Entra TOMASUCCIO.*)
TOMASUCCIO.– Aquí estoy, maestro Rómulo. Mandadme lo que queráis.
RÓMULO.– Bájate las bragas, Tomasuccio.
TOMASUCCIO.– ¡María Santísima! ¿Por qué me queréis azotar? ¿Qué he hecho yo? Tengo la conciencia tranquila.
RÓMULO.– Y puedes seguir teniéndola. No es un castigo sino un premio lo que te mereces.
TOMASUCCIO.– ¿Un premio? ¿Y he de recibirlo sin bragas?
RÓMULO.– Y sin el jubón ni la camisa. Debes recibirlo desnudo como nuestro padre Adán.
ANTEO.– No, Tomasuccio, no te desnudes. Maestro Rómulo se ha vuelto loco, no debes hacerle caso.

TOMASUCCIO.– En fin, ¿qué debo hacer? ¿Y vos, maestro Rómulo, por qué os ocultáis de este modo? Me estáis dando miedo. Quiero irme a casa.
ANTEO.– Sí, sí, vete, huye sin perder un momento, si no quieres verte envuelto en la más negra perdición.
RÓMULO.– Desnúdate, Tomasuccio, y no hagas caso a este imbécil.
(*Se destapa*.)
TOMASUCCIO.– ¡Ah, qué mujer tan bella! Desnuda, desnuda, como un niño grandísimo.
RÓMULO.– Vamos, haz como yo y ven a jugar conmigo.
TOMASUCCIO.– Me da mucha vergüenza.
ANTEO.– Es al infierno donde quiere llevarte, Tomasuccio. ¡Al infierno! ¿Te das cuenta? ¡Ah, maldito! No te desabroches, no te entregues a la orgía bajo pena de perder tu alma.
RÓMULO.– No hay otro remedio que ayudar a desvestirse a este chicazo. ¡Qué modo de anudarse las bragas! Eres un desastrado. Levanta la camisa. Así. Tira lejos esos zapatones. Mira, Anteo, qué gozo de criatura. Es como una espiga dorada. Mirad estas nalgas prietas y menudas, estas piernas tersas y musculosas como las de un joven potro.
ANTEO.– Tomasuccio, cúbrete ahora mismo si no quieres que te deslome a cintarazos. Vístete de nuevo, sinvergüenza.
RÓMULO.– No os hará caso, ahora que tiene toda esa alegría en la carne. Es todo un hombre. Di, tunante, ¿qué ruta señalas con esa parte de tu cuerpo? Apúntale en un ojo y déjaselo como una estrella. Pero no, déjale ir a merced de su instinto, que se solace caprichosamente a la intemperie.
ANTEO.– ¡Ramera infernal! Estás perdido, Tomasuccio. ¡No te dejes tocar por ella! Ah, y que tenga yo que contemplar esos tanteos inmundos. ¡Recházala, retírale ese trozo de las manos...!
RÓMULO.– Contéstale, niño mío, dile lo que pasa por tu cuerpo y hazle morir de envidia.
TOMASUCCIO.– Estoy bien así. Me gusta escuchar lo que ella dice y quiero ir donde ella me lleve.
ANTEO.– ¡Desalmado! ¿Estás dispuesto a copular con el demonio? ¡Oh!, ¿qué puedo hacer para convencerte? Una prueba, ¡Oh, sí, una prueba! Dentro de ese cofre está la verdadera cabeza del maestro Rómulo, que se ha quitado para seducirte. ¿No quieres mirar? Pues aquí la tienes. ¿La reconoces?
RÓMULO.– ¡Estúpido, legañoso! Vais a conseguir que el muchacho se quede sin sus bríos.
TOMASUCCIO.– ¡Dios mío! Es la cabeza del maestro Rómulo.
RÓMULO.– Si no sois capaz de hacer lo que nosotros, no queráis enfriarnos con imágenes tan poco estimulantes.
TOMASUCCIO.– Pero, ¿quién le ha cortado la cabeza al maestro Rómulo?
RÓMULO.– Tomasuccio, no inquieras. Es mi cabeza, nadie me la ha cortado. Mas si

quieres ser feliz no debes preguntarte por qué tengo dos cabezas. No debes pensar nunca en lo que no has de comprender nunca.
ANTEO.– Claro que debe pensar. Debe pensar y horrorizarse como me horrorizo yo.
RÓMULO.– Que no te horrorice nada de lo que te guste. Y vos maestro Anteo, ¿comprendéis por qué tengo yo dos cabezas, además de no haber gozado jamás de mi cuerpo cuando os andaba tan a mano?
ANTEO.– No, no lo comprendo.
RÓMULO.– ¿Lo ves, Tomasuccio? Ni él ni tú comprendéis, pero tú puedes ser feliz y él no. ¿Qué dices a eso?
TOMASUCCIO.– Maestro Anteo, hacedle caso a la muchacha, que es tan lista. ¡Andad y desnudaos vos también!...
RÓMULO.– ¡Malicioso! ¿Qué estás insinuando? ¿De modo que quieres ver desnudo al maestro Anteo?
TOMASUCCIO.– Si es simple curiosidad. Quiero verlo por debajo de la ropa y saber cómo es la verga de un sabio. También quisiera saber cómo es la del rey. Conozco la de mi padre y la de mi hermano mayor, pero no es lo mismo...
ANTEO.– Cretino, ya te daré yo conocimientos de otra especie. ¿Es posible que no llegue a turbarte este negro prodigio? Aquí está, aquí la tienes esta cabeza como una pelota, esta cabeza viva y caliente, esta horrible cabeza que te está mirando. ¿No te hace pensar esa mirada, borrico? Piensa en tu perdición, piensa en que si haces caso a la tentación dejarás tu alma sumergida para siempre en las tinieblas. Trata de comprender y de luchar contra las fuerzas ciegas de tu cuerpo.
RÓMULO.– ¡Ja, ja, ja! Nunca comprenderás nada, maestro Anteo. Tus clasificaciones las conozco yo. Tus conocimientos son puras quimeras. Un mundo como un plato de sopa, el peso de la luz, la piedra filosofal... Desde que te conozco te he visto querer levantar una torre de granos de maíz; cada grano valía por sí mismo, pero la torre no estaba ligada por ningún mortero. Esos son tus conocimientos... Pusiste un grano sobre otro y al final sólo te encuentras con un montón casi disperso.
ANTEO.– Piensa, Tomasuccio, que los seres humanos no tienen dos cabezas, ni dos cuerpos, ni dos vidas. Todo prodigio es fruto de la confusión que el diablo introduce en ti.
TOMASUCCIO.– ¡Oh, apartad esa cabeza..., tengo frío!
RÓMULO.– ¡Estúpido vejestorio! ¿Qué hablas de comprender? ¿Hasta dónde crees que llegas con el pensamiento? Pues sabe que sólo piensas lo que puedes y lo que puedes no es mucho. Quieres que todo se adapte al orden arbitrario establecido por ti, sin paciencia para escuchar los mensajes y soluciones del misterio que está en tu sangre. Por eso te dedicas a la alquimia, que es –yo lo sé– una ciencia inútil y un modo de ordenar la ignorancia. ¿De modo que quieres que el muchacho comprenda? Pues vas a ver. Tomasuccio, déjame tomar tu cabeza.
TOMASUCCIO.– ¡Oh, no, no quiero dar mi cabeza!

RÓMULO.– Dámela si quieres comprender.
TOMASUCCIO.– No quiero comprender, quiero irme a mi casa.
RÓMULO.– Yo lo sé todo. Si te presto esta vieja cabeza mía sabrás quién soy y por qué he adoptado esta apariencia.
ANTEO.– No le hagas caso. No le prestes tu cabeza. Sigue siendo quien eres y no desees más.
TOMASUCCIO.– Ya no juego, ya nada me importa. Retírate, bachillera, o te doy una patada en la barriga. ¿Por qué has de ponerte a discutir con el maestro Anteo?
ANTEO.– Porque se está dejando confundir. Hallemos el medio de conjurar a este demonio. Toma tus ropas y vete; déjame a mí solo con él. Ve a tu casa y no cuentes nada de lo que has visto.
RÓMULO.– No se irá si yo no quiero. Antes prefiero soldar esta cabeza sobre su hombro y convertirle en bicéfalo. ¡Así! De esta forma no osará presentarse en ningún sitio.
TOMASUCCIO.– (*Desesperado y corriendo por toda la estancia, luchando por retirar la cabeza de su hombro*.) ¡Ay, ay! ¡No quiero esta cabeza, quitadme esta cabeza, cortádmela, arrancádmela! ¡Ay, cómo me pica con sus barbas! ¡Ay, cómo me mira de reojo!
RÓMULO.– Espera, Tomasuccio, no protestes, trata de escuchar lo que esa cabeza te dice al oído...
ANTEO.– ¡Oh, pobre inocente! Está perdido. El diablo le ha tomado por suyo.
TOMASUCCIO.– (*En un rincón, llorando.)* ¡Ay, sí, pobre de mí...! Pobre de mí, que ya no soy inocente. Es verdad, es verdad... (*Serio*.) Lleva mucha razón. (*Ríe de pronto*.) Cierto que es un consuelo saberlo.
ANTEO.– ¿Qué estás diciendo ahí, desgraciado? ¿Saber qué?
TOMASUCCIO.– Saberlo todo... (*Medita un instante*.) Es cierto..., evidente... (*Ríe*.) ¡Sois un cretino, maestro Anteo!
ANTEO.– ¡Maldito, maldito mil veces! ¿Quién te ha dicho que soy un cretino?
TOMASUCCIO.– La cabeza sobre mi hombro.
ANTEO.– ¡Retira esa palabra, Tomasuccio, o te rompo la cabeza! ¿Así me faltas al respeto?
TOMASUCCIO.– ¿Por qué he de respetaros? Ahora que sé tantas cosas de vos y de mí mismo sólo puedo aceptaros como he de aceptarme yo...
ANTEO.– ¿Qué modo de hablar es ése?
TOMASUCCIO.– Quiero vivir con dos cabezas, aunque tenga que cubrirme una de ellas como si fuera una joroba.
ANTEO.– ¡Qué horror! ¡Qué disparate!
RÓMULO.– Eso no puede ser, porque una de las dos cabezas es mía. Al menos tienes que devolverme una...
ANTEO.– ¡Pronto, dale la suya, que es la más fea...!
TOMASUCCIO.– No sé cuál prefiero. Tengo que pensarlo. ¿No habéis dicho que tengo que pensar?

ANTEO.– ¡No, no! Dale la suya sin pensar.
RÓMULO.– Es cierto. Por una vez maestro Anteo lleva razón. Yo sólo quería que comprendieses por un instante, sólo por un instante. Y quería dar una lección a este sabio negador de prodigios verdaderos y cultivador de falsos prodigios. No debes pensar más: devuélveme mi cabeza.
TOMASUCCIO.– No quiero. Prefiero vuestra cabeza, maestro Rómulo.
RÓMULO.– Estarás feísimo, amor mío. Tú, que eres joven y hermoso.
TOMASUCCIO.– No soy presumido. Ni mi padre ni mi abuelo tuvieron esta cabeza, que a mí me puede servir para vencer la servidumbre de mi familia. Me quedo con ella, tomad la mía.
RÓMULO.– Te arrepentirás. Pero, en fin, si así lo quieres... (*Hace el cambio*.) ¡Ya está! ¿Qué tal te encuentras ahora?
ANTEO.– ¡Ah, Señor, qué espanto, qué espanto!
TOMASUCCIO.– Bien, creo que me encuentro bien. Quizá veo las cosas un poco turbias, por fuera y por dentro. Es posible que, de lo mucho que sabía hace un instante, haya olvidado algo.
RÓMULO.– Es natural. Eso siempre sucede cuando se tiene una sola cabeza.
ANTEO.– ¿Lo ves? ¡Cámbiasela, cámbiasela enseguida!
RÓMULO.– ¡Ah, no! Eso será si yo quiero devolvérsela. Y no se la daré, está decidido. Me quedo con ella. Has elegido la peor. Ahora que sabes tantas cosas, lo podrás comprobar. Te dejaste distraer de lo que te proponía por hacerle caso al maestro Anteo. ¿Y qué le sucedía a este indignado carcamal? Pues muy sencillo: había perdido su juventud.
TOMASUCCIO.– ¡Mi cabeza! ¡Quiero mi cabeza! Soy joven, muy joven. Mirad mi cuerpo. Mi cuerpo busca al vuestro. Os amo. Por mi amor debéis devolvérmela. Os juro que as amo y no quiero amaros con este rostro, con estas barbas grises. Estoy llorando, ¿no lo veis? Y os veo tan bella a través de mis lágrimas. Porque sois bellísima, bellísima..., maestro Rómulo.
RÓMULO.– Es tarde, pobre Tomasuccio. No volverás a ser el mismo, ni por tu cabeza ni por tu cuerpo. Toma mis vestidos y quédate aquí con maestro Anteo. Tomasuccio se ha perdido, ya es viejo, ya es todo ceniza confundido con estos libros roídos y este polvo de incuria. Me voy. El sol acaba de ocultarse. Saldré disimuladamente por la puerta del huerto y mi desnudez también se confundirá con la luz de la luna. Ya lo ves: bajo mi brazo llevo tu querida cabeza inocente para cambiármela cuando me venga en gana. Meditando, meditando, he llegado a saber que sólo me bastaba deshacerme de la que ahora llevas sobre tu cuerpo para conquistar la eterna juventud.

NOTA

Texto publicado en: Francisco Nieva, *Teatro completo*, Toledo, Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1991, tomo I, págs. 75-85.